

OBSERVATORIO DE POLÍTICAS CULTURALES

Abril 2015

No. 2

Circa



Facultad de Antropología
Universidad Veracruzana



Universidad Veracruzana
Facultad de Antropología
Director
Mtro. Sergio R. Vásquez Zárate

Coordinadores del Observatorio de Políticas Culturales
Prof. Federico Colin Arámbula
Prof. María de Lourdes Becerra Zavala

CIRCA. Publicación Cuatrimestral. Año 1. Núm. 2. Abril 2015
Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana
Francisco Moreno Esq. Ezequiel Alatraste, Col. Fco. Ferrer Guardia
C.P. 91020, Xalapa, Ver. México.
Teléfonos: (228) 8 15 24 90, 8 15 24 12
e-mail: obspoliticasculturales@gmail.com

Diseño de portada: María de Lourdes Becerra Zavala
Logotipo de Observatorio: Víctor Hugo Hernández López

ÍNDICE

Contenido

Editorial	1
¡Vamos andando porque el fandango está aquí! María de Lourdes Becerra Zavala	2
Manuel Molina Romero Jaranero Elías Quero Herrera	5
Pizzica-Bamba. Veracruz e Italia se encuentran Guadalupe Osorno Maldonado	8

EDITORIAL

*P*ara el conocimiento antropológico, el latinajo “circa” abandona su acepción de inexactitud para presentar una serie de elementos que se presenta “alrededor” o “cerca de” los fenómenos sociales, en este caso concreto, de las políticas culturales. Más que una debilidad, la falta de certeza antropológica obliga a mantener los cuestionamientos abiertos, por lo que fortalece la indagación de lo cultural. Las políticas culturales se relacionan con las maneras en que sentimos, pensamos e incluso saboreamos el mundo que nos rodea. Los problemas “alrededor” de las políticas culturales y del conocimiento antropológico en general son de muy diversa índole, pero es una necesidad establecer los puntos de esas redes. Circa, “Alrededor de” invita a pensar también desde la periferia de la inexactitud, del ensayo, del aprendizaje por el error, tarea fundamental para los antropólogos en formación, que somos todos.

Este segundo número de Circa se dedica a la fiesta. El son jarocho y el fandango musicalizan las páginas de nuestro boletín. En el primer artículo, Lourdes Becerra hace un recorrido histórico sobre la importancia de las celebraciones y la música en la región de los Tuxtlas, en el estado de Veracruz. Elías Quero Herrera recopiló una serie de testimonios que dan cuenta de la relación que existe, en estas latitudes, entre la música, la fiesta, la religiosidad popular y el mundo numinoso, en donde no está separado el plano natural del sobrenatural cuando de celebraciones y ritos se trata. Por último, Guadalupe Osorno Maldonado reporta sobre una adaptación contemporánea y urbana del son jarocho con los géneros tradicionales del sur de Italia de la pizzica y la tarantela.

Este número en particular es el inicio de la propuesta de números monográficos que se dedicarán a temas vinculados con el trabajo antropológico de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana. También se pretende buscar propuestas de trabajo similares en contextos externos a la nuestra casa de estudios. Sirva pues, este boletín para abonar a los trabajos de vinculación y de difusión que orbitan alrededor de nuestra querida facultad.

¡Vamos andando porque el fandango está aquí!

Por María de Lourdes Becerra Zavala

¿Cómo nos divertimos? ¿Con quién nos gusta hacerlo? Podemos pensar en salir al cine con los amigos, jugar fútbol, videojuegos, quizás salir a bailar. También asistimos a fiestas con personas cercanas a nosotros como los cumpleaños o bodas, en las que celebramos algún acontecimiento. Algunas fiestas son muy grandes y no conocemos a todas las personas, sólo a nuestros acompañantes como los carnavales de Veracruz o de Río de Janeiro: se baila, se canta, se come con amigos, familiares, y podemos disfrutarlo. Las maneras de divertirnos cambian con el paso del tiempo, porque las personas, las formas de relacionarnos y los espacios donde lo hacemos cambian.

Un ejemplo de fiesta que permanece aunque haya cambiado de escenarios, participantes y finalidad es el fandango veracruzano. Los bailarines, la tarima, los músicos y sones son algunos de sus elementos que siguen presentes a pesar de que la manera en cómo participan, y la finalidad de la fiesta es diferente. Las diferencias estriban en que las personas que

ahora participan de él tienen intenciones e interacciones que no corresponden a la vida de las generaciones pasadas.

En Catemaco, Veracruz, las personas que concurrían en esta fiesta durante la primera mitad del siglo XX eran en su mayoría campesinos que asistían a celebraciones como bodas, cumpleaños, velorios, y "pascuas" navideñas. Ellos aprendían a bailar, tocar y cantar desde niños las jaranas que pertenecían sus abuelos y padres, y a veces aprendían a elaborar. Trasladarse a esas fiestas no siempre era fácil, las carreteras y medios de transporte que hoy en día conocemos en la región de Los Tuxtlas no existían y "llegar era un triunfo" en palabras de Don Manuel Molina Romero, jaranero de cepa en Catemaco.

Un elemento común relacionado a los fandangos de aquella época, de acuerdo a los relatos contados de los abuelos a padres y de padres a hijos, es la presencia de seres fantásticos como duendes o demonios, que tentaban con la presencia



lejana de la fiesta a los bailarores y músicos a la mitad de la noche, motivándo

los a salir de sus casas para bailar y tocar en una fiesta que se escuchaba siempre lejana pero a la que nunca se llegaba. El desvío hacia el "monte" o la "sabana" como se llamaba a las áreas de selva era una posibilidad para el fandanguero desprevenido que no sabía distinguir entre las travesuras de esos seres fantásticos y una fiesta real.

Los fandangos duraban hasta tres días, y eran momentos propicios para descansar del trabajo en el campo, de la pesca en la laguna, para celebrar e incluso encontrar pareja ofreciendo el sombrero e improvi

Fotografía: Elías Quero Herrera
sando versos a la luz de los mechones de petróleo que iluminaban las calles, casas y lugares, pues aún no llegaba la luz eléctrica. El varón ofrecía el sombrero, si la mujer aceptaba lo devolvía bailando sobre la tarima, cuando el enamoramiento seguía al ritmo del son "El Fandanguito", los músicos y cantantes hacían silencio para que el bailaror echara versos a su pareja enamorándola o haciéndola enojar. Si la mujer respondía a los versos se "desenojaba" y públicamente se aceptaba que se gustaban y se estaban enamorando.

Podemos dar cuenta de que las fiestas de aquél entonces no son exactamente las mismas de hoy en día, han crecido en número de lugares donde se celebran, ya no dependen de ciertas celebraciones, y no es necesario que la familia enseñe a los niños a tocar y cantar, porque cada vez existen más espacios y personas en dónde aprender.

Elías Quero Herrera, estudiante de la Licenciatura en Antropología Histórica, recopiló testimonios sobre el fandango de jaraneros y bailarinas de más de 75 años que habitan en Catemaco, Santiago Tuxtla y San Andrés Tuxtla. A través de imágenes y relatos cortos redactados por él mismo, nos permite acercarnos a las diversiones y leyendas que están alrededor del son jarocho característico de esa zona. Los invitamos a leer uno de esos relatos en este número y posteriores entregas en Circa.



Fotografía: Elías Quero Herrera

Manuel Molina Romero

Jaranero

*Testimonio Recuperado por
Elías Quero Herrera*

¿De qué nos hablan los testimonios?

Primeramente quiero decir que esta idea nació gracias a las recomendaciones que tuve por el profesor Federico Colin, pues yo nunca había realizado un estudio de historial oral, así que cuando choqué contra la realidad de los diversos actores me encontré con relatos que servirían para enriquecer el conocimiento antropológico que se tiene acerca de la fiesta ritual del fandango que se lleva a cabo en los Tuxtlas.

Esta recopilación de la lengua al papel nos habla de distintas cosas. En la mayoría de estos testimonios se puede apreciar como el fandango fue producto de gente campesina, por lo que no me extraña que esto se vea reflejado a través del baile como en el son del Toro Zacamandu. Don Manuel Molina con sus dos anécdotas fantásticas que le “contaron los viejitos” nos habla de un universo mítico en donde Catemaco por la descripción que el da era solo un pueblito y la gente tenía dentro de su imaginario a seres provenientes de la tradición católica que los asustaban como el diablo.

Sin duda alguna este tipo de relatos sirven para revelar aspectos sociales, económicos, religiosos y por lo tanto culturales. Por ejemplo, los fandangos más grandes siempre han estado ligados a las celebraciones religiosas más importantes y en los acontecimientos sociales como en las bodas y en los velorios. Esta fiesta no se hubiera podido realizar sin que en la región no hubieran existido procesos económicos como la ganadería y la pesca, además de que representa un momento de ruptura de la vida cotidiana de los lugareños.

A continuación, el testimonio de Manuel Molina.

El señor Manuel Molina Romero es descendiente de una de las familias más antiguas de la ciudad de Catemaco. Hoy en día vive en el centro de la misma, es jubilado de la empresa Comisión Federal de Electricidad y jaranero, a veces, en sus tiempos libres. Su relato nos ha servido de mucha ayuda para conocer cómo se vivía esta fiesta del pueblo hace algunos años.

Nos cuenta que empezó a tocar la jarana que pertenecía a su abuelo Rafael Molina a la edad de 7 u 8 años aproxima-

damente, teniendo como maestro a Don Rosendo Gonzáles, un antiguo sonero muy conocido dentro del municipio. Lo primero que aprendió a tocar fueron las "pascuas", pequeños cantos que se llevan a cabo dentro de otra de las tradiciones de la región conocida como "la rama".

El señor recuerda que cuando se llevaban a cabo los primeros fandangos a los cuales asistía, Catemaco lucía de una forma muy particular. La mayoría de casas eran de madera techadas con mazos de zacate blanco. La comunicación entre los municipios que conforman la región era algo escasa debido a que no existía todavía la carretera actual.

Manuel Molina también es parte de la herencia campesina que hasta hace algunos años era el principal trabajo dentro de la región. Los fandangos que el recuerda se daban a poca luz, porque en aquellos tiempos se acostumbraba a alumbrar las calles con mechones de petróleo. Esta fiesta se llevaba a cabo cerca de lo que actualmente es la torre del reloj. Y entre los personajes que aún están vivos dentro de su memoria se encuentran: los versadores Eusebio Pérez, Hipólito Ramírez y Silviano Huamantla. El bailarín Porfirio Velasco, las bailarinas Tía Jacinta, Doña Narcisa y otras como Tía Luisa Pérez, Victoria Pérez y Genove-

va Pérez, que en aquellos tiempos eran bastante jóvenes.

Una de las cosas curiosas que nos cuenta este señor es que en aquellos tiempos para sacar a bailar a una mujer sobre la tarima, el hombre tenía que darle su sombrero. Ella tenía que devolverlo posteriormente si es que aceptaba. Entre los sones más recurrentes que incitaban al baile, según él, se encuentran: el zapateado, la bamba, el colás, el toro y el cascabel.

Algunos de los soneros cuando venían del huapango hacia su casa, escuchaban de nuevo la música pero hacia otro rumbo, emocionados iban tras de ella, pero cada vez que ya estaban cerca, la música se alejaba un poco más y nunca la encontraban."

Los fandangos más grandes que el recuerda se realizaban durante las celebraciones de la "Virgen del Carmen". Debido a que como era una fiesta casi local, asistían muchas personas de las comunidades aledañas y entre estas una gran canti-

dad de jaraneros. Él recuerda que el fandango empezaba al caer la noche, aproximadamente entre las 7:00 y 8:00 P.M. y concluía cuando el sol estaba a punto de salir, esto es entre las 5:00 y 6 A.M.

Todavía puede recordar algunas de las leyendas que giran alrededor de esta fiesta, gracias a que los jaraneros viejos se las contaron cuando era joven.

El encuentro con el diablo parece ser un tema recurrente dentro de los testimonios que se dan sobre el fandango. Nos

comenta Don Manuel acerca de esto:
"Cuando la gente venía de los ranchos al huapango traían su caballo y cuando se iban algunas veces se encontraban a un niño a medio camino. Estos preocupados por él le preguntaban que a donde iba, éste les respondía y después lo subían con ellos al caballo para ir a dejarlo a donde les había dicho. Resulta que cuando ya llevaban un rato en el camino, miraban hacia abajo y los pies del niño se arrastraban hasta el suelo. Era el diablo el que se les había aparecido



Fotografía: Elías Quero Herrera

Pizzica-Bamba. Veracruz e Italia se encuentran

Pizzica-Bamba fusiona música tradicional del sur de Italia con el son jarocho. La pizzica, la tarantela y el son jarocho comparten una estructura rítmica y melódica similar.

*Por Guadalupe Osorno
Maldonado*

El 17 y 18 de abril de este año, se presentó La Bruja y La Tasca del Cantor, espacios culturales de la ciudad de Xalapa, el cuarteto denominado Pizzica-Bamba, que fusionó música tradicional del sur de Italia con el son jarocho del sur del estado veracruzano, conformado por las jaraneras Stephanie Delgado y Sirani Guevara, y el dúo Tarantela sin Fronteras integrado por Tommaso Massarelli, quien interpreta el acordeón y la voz, y Peppe Leone, en el pandero y la voz también. Además de los puntos cardinales (ambas regiones se encuentran en las partes australes de los territorios nacionales o estatales que representan), estos dos orígenes musicales mantienen relaciones que sorprendieron a los mismos músicos.

En entrevista con Sirani Guevara, pude enterarme de la historia de esta agrupación. Hace un par de años, fruto de la casualidad y de la vida errante de los músicos, llegó a la ciudad de Xalapa Peppe Leone, quien impresionó a todos con la maestría con la cual desempeñaba el pandero, instrumento que en nuestra cultura se considera más en el contexto de la educación musical infantil. Después de un momento de convivencia, entre comida y fiesta, y de reunir a conocidos de conocidos, los integrantes descubrieron las similitudes que guardaba el son jarocho con la música tradicional del sur de Italia, en especial con la pizzica y la tarantela.

Estos géneros, tanto el americano como los europeos, están basados en ritmos binarios o de 6/8 que se pueden convertir en un ritmo terciario. El ritmo es la ordenación de los sonidos en el tiempo (lo que podemos seguir con las palmas cuando escuchamos una canción, por ejemplo), y el binario y terciario son los más comunes y utilizados en una variedad de culturas, al ser inherentes a la naturaleza como el ritmo del corazón o de la respiración. Esto facilita que géneros o propuestas musicales de latitudes lejanas mantengan un elemento común, es el famoso "lenguaje universal de la música" que permite la comunicación más allá del idioma.

La pizzica, la tarantela y el son jarocho también comparten una estructura rítmica y melódica similar. Este tipo de géneros italianos mantienen el ritmo con

el pandero, cuestión que le hizo pensar al antropólogo Ernesto di Martino en una misma raíz cultural del Mediterráneo con el norte de África; mientras que la estructura melódica (lo que podemos tararear o cantar de una pieza musical) la establece el acordeón. El son jarocho se estructura melódicamente con el requinto, que tiene un sonido agudo como el del acordeón, mientras que la estructura rítmica se logra con el zapateado, percusión que junta la interpretación musical y dancística. De este modo, con ritmos y estructuras similares, la fusión parecía casi natural, embonando tiempos y contratiempos musicales que se alegraban al encontrarse como los familiares lejanos que no se conocen o que con el paso del tiempo se han olvidado.

Al preguntar a Sirani sobre las posibilidades de encuentros previos de los géneros fusionados en esa ocasión, me habló de un instrumento medieval que se expandió con el florecimiento italiano a la cultura del Mediterráneo europeo: el laúd. Esta "pequeña guitarra" pudo haber sido el tatarabuelo de la tradicional jarana y los requintos. Al encontrarse las cuerdas europeas, empapadas con notas prescritas como la música klezmer de origen judío, con los ritmos locales y la influencia africana es el amasado que dio como resultado la música de son jarocho, que ha servido como estandarte para representar la cultura veracruzana en el exterior.

La música tradicional, en diferentes latitudes, acompaña la vida cotidiana y festiva de las comunidades. Para recibir o despedir del mundo a un vecino, cuando el espíritu se enferma por conflictos colectivos, ciertos ritmos, ciertas notas, endulzan o recrudescen los sentimientos de quienes las escuchan, las hacen o las bailan. Así como los recuerdos, la música tradicional mantiene su simpleza, lo que permite que contenidos, ritmos, canciones e influencias se introduzcan en ella, se metan hasta la cocina y parezcan que han estado ahí desde siempre.

El caso del grupo Pizzica-Bamba nos hace pensar sobre lo que entendemos por origen y auténtico cuando hablamos de patrimonio. Si las raíces de aquello que se erige como esencial de una cultura están hechas de mezclas, influencias y adaptaciones, entonces el patrimonio sería aquello que, por su valor, tiene capacidad de absorber y adaptarse a las influencias externas.



Esta edición estuvo a cargo de Guadalupe Osorno Maldonado

Diseño : María de Lourdes Becerra Zavala

Logotipo de Observatorio: Víctor Hugo Hernández López

Xalapa, Veracruz, México

Abril 2015